

Varsovia/1979

Ignacio Díaz Ruiz



Vista de la Ciudad Antigua de Varsovia del lado del río Vístula

Admirable y extraña, Varsovia es una ciudad de elocuentes paradojas: destruida por el nazismo, renace en 1945 con una sorprendente y dinámica etapa de construcciones y reconstrucciones. Al mismo tiempo, en una especie de babel de estilos y *aleph* de tiempos, fue restaurada: románica, gótica, renacentista, barroca, neoclásica, romántica, *fin de siècle*, modernista, *art nouveau* e, incluso, staliniana; simultáneamente, rehicieron sus varios rostros y le añadieron otros. Jano múltiple. La muy noble ciudad tiene hoy, por ejemplo, una nueva Ciudad Vieja (Stare Miasto), y una fortaleza medieval y una catedral gótica de la misma edad que las construcciones soviéticas de los años cincuenta. En una vasta explanada, con dominio de las alturas, vigilante, simbólico, “presente de los pueblos de la Unión Soviética al pueblo polaco”,

El Palacio de la Cultura y la Ciencia, ejemplo de densa arquitectura, ilustra lo que fue esa enorme y agobiante presencia y hegemonía. Como un milagro, en cambio, el conjunto urbano fue resultado de una eficaz mezcla, feliz encuentro de épocas y estilos, tenacidades y orgullos.

Arcaica y milenaria, en esta urbe de nostalgias imperiales, se habla de reyes y reinas (Segismundos y Elzbietas), palacios, castillos, residencias veraniegas, mansiones, aristocracias idas; por una mayoritaria grey católica, posee una nómina de iglesias, conventos, claustros, órdenes, advocaciones, santos, santas, mártires, fervores cultos y solidaridades (una de sus avenidas más famosas y transitadas es, justamente, la de la Santa Cruz, Swietokrzyszka); Karol Wojtyła, el Papa polaco, contó con ello. Después del 45, después del ghetto, el país y la ciudad

convivieron con el duro y ateo socialismo, el desencanto de las dos Guerras Mundiales, la Cortina de Hierro y la Guerra Fría que se sentía aún más en el largo invierno. El mismo Papa dio cuenta de ello.

Polonia, unida a fuerza, por varios decenios, al bloque socialista (la URSS, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Alemania Oriental, Bulgaria y Albania) y, por extensión ideológica, a Cuba, la República Popular China, y a los países del Tercer Mundo (es decir con los pobres de la tierra); vivió ávida de los aires de modernidad de la otra Europa, de la libre; o de América, la próspera, la de los Estados Unidos y, en consecuencia, también se propició un floreciente mercado negro de dólares (Chicago es a Polonia lo que Los Ángeles a México; ellos son *polish* y nosotros, *greasers*).



Plaza del Mercado de la Ciudad Vieja después de la Segunda Guerra Mundial

Al mismo tiempo, en una especie de babel de estilos y *aleph* de tiempos, fue restaurada: románica, gótica, renacentista, barroca, neoclásica, romántica, *fin de siècle*, modernista, *art nouveau* e, incluso, staliniana...

La planificación socialista política, económica y social, sin embargo, dio algunos resultados. Unidades habitacionales feas pero funcionales. Escuelas, zonas comerciales, servicios comunales, amplias avenidas, transportes colectivos (redes orgánicas de autobuses y tranvías) y vastos planes sociales y económicos. Planificar el futuro socialista fue la idea. La utopía, hoy arcaica y vencida, fracasó y está irremediablemente perdida.

Por otro lado, la persistencia de la naturaleza se impuso al espacio social: su magnífico río, el Vístula, eje fluvial, tradicional, genuinamente antiguo, da un gran carácter a esta metrópoli. Impecable, arbolado y limpio siempre, el río es paseo, reunión, jardín aldeaño; es solaz, reflexión y evocación heracliteana. Separa, divide y unifica varios barrios; propicia señeros puentes con nombre propio: el Poniatowski,

el Lazienkowski, el Slasko-Dabrowski, el Gdansk. El día de San Juan el Bautista, el 24 de junio, se efectúa una gran velada de milenario culto sincrético. Diminutas luces iluminan el río que convoca al pueblo a celebrar el día más largo y la más breve de las noches del verano y del año. Doble purificación, liturgia de agua y de fuego, velas y luminarias contrarrestan las sombras. No hay oscuridad. En esa fecha, verdísimo verano, Varsovia toca su más pura y genuina esencialidad.

En aquellos años, antes del fin del socialismo, hubo un enorme desabasto, drástica reducción de bienes de consumo y mercancías; lo que provocó, entre otras circunstancias, el malhumor, el descontento y una peculiaridad en el paisaje urbano: la *kolejka*, verdadera institución cotidiana. Largas formaciones o hileras —en México, popular-

mente colas— que proliferaron por toda la ciudad y el país. La *kolejka* determinó los tiempos del ciudadano, y también sus espacios (había que estar siempre a la expectativa; con dinero y tiempo, dispuesto a incorporarse a cualquier formación, y a comprar lo que fuera). La *kolejka* se volvió deporte, diversión, competencia, desafío, pasatiempo, punto de reunión y encuentro, discordia, vanidad, triunfo, secreto, rumor, chiste, broma, arma política, consenso, disidencia; haber descubierto una para adquirir papel higiénico, fruta, algún libro, jabón, perfume o prenda de importación, zapatos u otros artículos —necesarios o no—, podría ser el fin de una amistad, la solución de un asunto burocrático, el regalo perfecto o simplemente un milagro.

A propósito, por el control de divisas estatal, se racionó el azúcar. Cada mes, toda

persona que tuviera una relación con el Estado (la empleada, el alumno, el obrero, es decir, todos) recibía un bono de subvención para adquirir dos kilos. Resultado: cada casa, en consecuencia, empezó a acumular kilos y kilos y kilos de azúcar; el país vivió entonces la etapa más dulce y azucarada de su vida, auténtica luna de miel.

Por otro lado, curiosidad lingüística: el idioma polaco pertenece a la familia eslava, usa grafías próximas al alfabeto latino y se construye con casos y declinaciones; para nosotros, parte de su diferencia y peculiaridad radica en ello; al respecto, transcribo una anécdota de Adolfo Bioy Casares:

La secretaria hojeaba el posfacio de la edición polaca *Plan de evasión*. Le llamaron la atención algunos nombres: Roberta Arlta, Jorge Luis Borges, Julio Cortazara, Edgara Allana Poe, y Adolfa Bioy Casaresa.

Sugerí:

—Han de ser genitivos.

Me miró sorprendida; ya sobrepuesta me explicó, no sin irritación:

—Son femeninos, ¿no ve la terminación en *a*?

Con otro detalle menor, apenas evocación, completo aquel acontecer polaco: el culto a las flores. En una ciudad con tantas limitaciones y carencias era sorprendente la cantidad de vendedoras y vendedores de flores. Todo el año, el lujo de una flor al alcance de la mano. Una adquisición precisa, por aquello de la suerte, siempre impar: una, tres, cinco. En riguroso pleonasma, la floral mercancía engalanada y adornada con diminutos y llamativos listones. Color más color. Y detrás de las flores, Maria Sklodowska-Curie, Nicolas Copernico, Jan Potocki, Chopin, Paderewski, Grotowski, Wajda, el cine, la música, el teatro, los abundantes libros, los carteles más hermosos del mundo, y siempre las flores de mano en mano como devoción y culto propios. **U**



La iglesia de Todos los Santos en la Plaza Grzybowski



Palacio de Wilanów

Como un milagro, (...) el conjunto urbano fue resultado de una eficaz mezcla, feliz encuentro de épocas y estilos, tenacidades y orgullos.